

EL BURLADOR DE SEVILLA

Y CONVIDADO DE PIEDRA.

PERSONAS.

DON JUAN TENORIO.
DON DIEGO TENORIO, *viejo*.
DON PEDRO TENORIO.
EL REY DE NAPOLES.
EL REY DE CASTILLA DON ALON-
SO XI.
DON GONZALO DE ULLOA, *comen-
dador de Calatrava*.
ISABELA, *duquesa*.

DOÑA ANA DE ULLOA.
EL DUQUE OCTAVIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
CATALINON, *lacayo*.
TISBEA.
FELISA. } *Pescadores*.
ANFRISO.
CORIDON.
PATRICIO, *labrador*.

GASENO. } *Labradores*.
AMINTA. }
BELISA. }
FABIO. } *Criados*.
RIPIO.
UNA CRIADA.
GUARDIAS.
PESCADORES.
MÚSICOS. — PUEBLO, etc.

La escena es en Nápoles, en Tarragona, en Sevilla y en Dos-Hermanas.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del rey de Nápoles. — Noche.
No hay luz.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *embozado*; ISABELA.

ISABELA.
Duque Octavio, por aquí
Podrás salir mas seguro.

DON JUAN.
Duquesa, de nuevo os juro
De cumplir el dulce sí.

ISABELA.
Mis glorias serán verdades,
Promesas y ofrecimientos,
Regalos y cumplimientos,
Voluntades y amistades.

DON JUAN.
Sí, mi bien.

ISABELA.
Quiero sacar
Una luz.

DON JUAN.
Pues ¿para qué?

ISABELA.
Para que el alma dé fe
Del bien que llego á gozar.

DON JUAN.
Mataréte la luz yo.

ISABELA.
¡Ah cielo! ¿Quién eres, hombre?

DON JUAN.
¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA.
¿Que no eres el Duque?

DON JUAN.
No.

ISABELA.
¡Ah de palacio!

DON JUAN.
Detente.

DON JUAN.
Dame, Duquesa, la mano.

ISABELA.
No me detengas, villano.

DON JUAN.
¡Ah del Rey! ¡Soldados, gente!

ESCENA II.

EL REY DE NAPOLES, *con una vela
en un candelero*. — Dichos.

REY.
¿Qué es esto?

ISABELA. (Ap.)
¡El Rey! ¡Ay triste!

REY.
¿Quién eres?

DON JUAN.
¿Quién ha de ser?

REY.
Un hombre y una mujer.

REY. (Ap. Esto en prudencia consiste.)
(El Rey huye de ver á la Duquesa.)
¡Ah de mi guarda! prendé
A este hombre.

ISABELA. (Cúbrense el rostro.)
¡Ay perdido honor!

ESCENA III.

DON PEDRO TENORIO, GUARDIAS. —
EL REY, DON JUAN, ISABELA.

DON PEDRO.
¡En tu cuarto, gran señor,
Voces! ¿Quién la causa fué?

REY.
Don Pedro Tenorio, á vos
Esta prision os encargo.
Siendo corto, andad vos largo:
Mirad quién son estos dos;
Y con secreto ha de ser,
Que algun mal suceso creo;
Porque si yo aquí lo veo,
No me queda mas que ver. (Vase.)

ESCENA IV.

ISABELA, DON JUAN, DON PEDRO,
GUARDIAS.

DON PEDRO.
Prendedle.

DON JUAN.
¿Quién ha de osar...?

ISABELA.
Bien puedo perder la vida;
Mas ha de ir tan bien vendida,
Que á alguno le ha de pesar.

DON PEDRO.
Matadle.

DON JUAN.
¿Quién os engaña?

DON JUAN.
Resuelto en morir estoy,
Porque caballero soy
Del embajador de España.

ISABELA.
Llegue; que solo ha de ser
El quien me rinda.

DON PEDRO.
Apartad.

DON PEDRO.
A ese cuarto os retirad
Todos con esa mujer.

(Vanse Isabela y la guardia.)

ESCENA V.

DON JUAN, DON PEDRO.

DON PEDRO.
Ya estamos solos los dos,

Muestra aquí tu esfuerzo y brio.

DON JUAN.
Aunque tengo esfuerzo, tío,
No le tengo para vos.

DON PEDRO.
Di quién eres.

DON JUAN. (Desembozándose.)
Ya lo digo:

DON PEDRO.
(Ap. ¡Ay, corazón,
Que temo alguna traicion!)
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?
¿Cómo estás de aquea suerte?
Dime presto lo que ha sidó.
¡Desobediente, atrevido!
Estoy por darte la muerte.
Acaba.

DON JUAN.
Tío y señor,
Mozo soy, y mozo fuiste,
Y pues que de amor supiste,
Tenga disculpa mi amor.
Y pues á decir me obligas
La verdad, oye, y diréla:
Yo engañé y gocé á Isabela,
La Duquesa...

DON PEDRO.
No prosigas,
No cómo la engañaste?
Habla quedo ú cierra el labio.

DON JUAN.
Fingí ser el duque Octavio...

DON PEDRO.
No digas mas, calla, baste.
(Ap. ¡Perdido soy, si el Rey sabe
Este caso! ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer
En un negocio tan grave.)
Di, vil, ¿no bastó emprender,
Con ira y con fuerza extraña,
Tan gran traicion en España
Con otra noble mujer;
Sino en Nápoles tambien,
Y en el palacio real,
Con mujer tan principal?
¡Castigueté el cielo, amen!
Tu padre desde Castilla
A Nápoles te envié,
Y en sus márgenes te dió
Tierra la espumosa orilla
Del mar de Italia, atendiendo
Que el haberte recibido
Pagaras agradecido;
Y estás su honor ofendiendo,
Y en tan principal mujer!
Pero en aquesta ocasion
Nos daña la dilacion.
Mira qué quieres hacer.

DON PEDRO.
Escapóse
De las cuchillas soberbias.

REY.
¿De qué forma?

DON PEDRO.
Esta forma:
Ann no lo mandaste apénas,
Cuando sin dar mas disculpa,
La espada en la mano aprieta
Revuelve la capa al brazo,
Y con gallarda presteza,
Ofendiendo á los soldados
Y buscando su defensa,
Viendo vecina la muerte,
Por el balcon de la huerta
Se arroja desesperado:
Siguíote con diligencia
Tu gente: cuando salieron
Por esa vecina puerta,
Le hallaron agonizando
Como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
Los soldados: ¡muera, muera!
Bañado de sangre el rostro,
Con tan heroica presteza
Se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
(Que para admirarte nombro),
Retirada en esa pieza,

DON JUAN.
No quiero daros disculpa,
Que la habré de dar sinestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra,
Sacadla, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
Y esta es mi espada, señor.

DON PEDRO.
Atzate y muestra valor,
Que esa humildad me ha vencido.
¡Atreverte á bajar
Por ese balcon?

DON JUAN.
Si atrevo,
Una criada llevo.

DON PEDRO.
Pues yo te quiero ayudar.
Véte á Sicilia ó Milan,
Donde vivas encubierto.

DON JUAN.
Luego me iré.

DON PEDRO.
¿Cierto?

DON JUAN.
Cierto.

DON PEDRO.
Mis cartas te avisarán
En qué para este suceso
Triste, que causado has.

DON JUAN.
(Ap. Para mi alegre, dirás.)
Que tuve culpa confieso.

DON PEDRO.
Esa moedad te engaña.
Baja pues ese balcon.

DON JUAN.
Con tan justa pretension
Gozoso me parto á España. (Vase.)

ESCENA VI.

EL REY. — DON PEDRO.

DON PEDRO.
Ya ejecuté, gran señor,
Tu justicia justa y recta.
El hombre...

REY.
¿Murio?

DON PEDRO.
Escapóse
De las cuchillas soberbias.

REY.
¿De qué forma?

DON PEDRO.
Esta forma:
Ann no lo mandaste apénas,
Cuando sin dar mas disculpa,
La espada en la mano aprieta
Revuelve la capa al brazo,
Y con gallarda presteza,
Ofendiendo á los soldados
Y buscando su defensa,
Viendo vecina la muerte,
Por el balcon de la huerta
Se arroja desesperado:
Siguíote con diligencia
Tu gente: cuando salieron
Por esa vecina puerta,
Le hallaron agonizando
Como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
Los soldados: ¡muera, muera!
Bañado de sangre el rostro,
Con tan heroica presteza
Se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
(Que para admirarte nombro),
Retirada en esa pieza,

EL BURLADOR DE SEVILLA.

Sala en casa del duque Octavio en Nápoles.

ESCENA VIII.

EL DUQUE OCTAVIO, RIPIO.

RIPIO.
¡Tan de mañana, señor,
Te levantas!

OCTAVIO.
No hay sosiego

Que pueda apagar el fuego
Que enciende en mi alma amor;
Porque como al fin es niño,
No apetece cama blanda,
Entre regalada holanda,
Cubierta de blanco armiño.

OCTAVIO.
Acuéstase, no sosiega:
Siempre quiere madrigar
Por levantarse á jugar;
Que al fin como niño juega.
Pensamientos de Isabela
Me tienen, Ripio, sin calma;
Que como vive en el alma,
Anda siempre el cuerpo en vela,
Guardando ausente y presente
El castillo del honor.

RIPIO.
Perdóname, que tu amor
Es amor impertinente.

OCTAVIO.
¿Qué dices, necio?

RIPIO.
Esto digo:
Impertinencia es amar
Como... ¿Quieres escuchar?

OCTAVIO.
Ea, prosigue.

RIPIO.
Ya prosigo.
¿Quiérete Isabela á ti?

OCTAVIO.
¿Eso, necio, has de dudar?

RIPIO.
No, mas quiero preguntar:
¿Y tú, la quieres?

OCTAVIO.
Yo sí.

RIPIO.
Pues ¿no seré majadero,
Y de solar conocido,
Si pierdo yo mi sentido
Por quien me quiere y la quiero
Pues si los dos os queréis
Con una misma igualdad,
Dime, ¿hay mas dificultad
De que luego os desposeis?

ESCENA IX.

UN CRIADO, *después* DON PEDRO
Y GUARDIA.

CRIADO.
El embajador de España
En este punto se apea
En el zaguan, y desea,
Con ira y fiereza extraña,
Hablarte; y si no entendí
Yo mal, entiendo es prision.

OCTAVIO.
¡Prision! Pues ¿por qué ocasion?
Decid que entre.

(Sale Don Pedro Tenorio con la
guardia.)

DON PEDRO.
Quien así
Mas no será el yerro tanto,
Limpia tiene la conciencia.

OCTAVIO.
Cuando viene Vuexelencia

A honrarme y favorecerme,
 No es justo que duerma yo;
 Velaré toda mi vida.
 ¿A qué y por qué es la venida?
 DON PEDRO.
 Porque aquí el Rey me envió.
 OCTAVIO.
 Si el Rey mi señor se acuerda
 De mí en aquesta ocasión,
 Será justicia y razón
 Que por él la vida pierda.
 Decidme, señor, ¿qué dicha
 O qué estrella me ha guiado,
 Que de mí el Rey se ha acordado?
 DON PEDRO.
 Fué, Duque, vuestra desdicha.
 Embajador del Rey soy;
 Del os traigo una embajada.
 OCTAVIO.
 Marqués, no me inquieta nada:
 Decid, que aguardando estoy.
 DON PEDRO.
 A prenderos me ha enviado
 El Rey: no os alboroteis.
 OCTAVIO.
 Vos por el Rey me prendéis!
 Pues ¿en qué he sido culpado?
 DON PEDRO.
 Mejor lo sabéis que yo:
 Mas por si acaso me engaño,
 Escuchad el desengaño,
 Y á lo que el Rey me envió.
 Cuando los negros gigantes
 Plegado funestos toldos,
 Ya del crepúsculo huyen,
 Tropezando unos con otros;
 Estando yo con su Alteza
 Tratando ciertos negocios
 (Porque antipodas del sol
 Son siempre los poderosos),
 Voces de mujer oímos,
 Cuyos ecos ménos roncós,
 Por los artesones sacros
 Nos repitieron ¡sócorno!
 A las voces y al ruido
 Acudí, Duque, el Rey propio,
 Halló á Isabela en los brazos
 De algun hombre poderoso...
 Mas quien al cielo se atreve,
 Sin duda es gigante ó monstruo.
 Mandó el Rey que los prendiera,
 Quedé con el hombre solo,
 Llegué, y quise desarmalle;
 Pero pienso que el demonio
 En él tomó forma humana;
 Pues que vuelto en humo y polvo
 Se arrojó por los balcones
 Entre los piés desos olmos,
 Que coronan del palacio
 Los chapiteles hermosos.
 Hice prender la Duquesa,
 Y en la presencia de todos
 Dice que es el dique Octavio
 El que con mano de esposo
 La gozó.
 OCTAVIO.
 ¡Qué decis!
 DON PEDRO.
 Digo
 Lo que al mundo es ya notorio,
 Y que tan claro se sabe,
 Que Isabela por mil modos...
 OCTAVIO.
 Dejadme, no me digáis
 Tan gran traición de Isabela.
 —Mas ¿si fué su honor cautela?
 Proseguid: ¿por qué calláis?
 —Mas si veneno me dáis,
 Que á un firme corazón toca,

Así á decir me provoca
 Que imito á la comadreja,
 Que concibe por la oreja,
 Para parir por la boca.
 ¿Será verdad que Isabela,
 Alma, se olvidó de mí
 Para darme muerte? Si,
 Que el bien sueña, y el mal vela.
 Ya el pecho nada recela,
 Juzgando que son antojos;
 Que por darme mas enojos
 Al entendimiento entró,
 Y por la oreja escuchó
 Lo que acreditan los ojos.
 Señor Marqués, ¿es posible
 Que Isabela me ha engañado,
 Y que mi amor ha burlado?
 Parece cosa imposible.
 ¡O mujer!... ley tan terrible
 De honor... ¿A quién me provocó
 A emprender...? Mas yo ¿no toco
 En tu honor esta cautela? —
 ¡Anoche con Isabela
 Hombre en palacio! ¡Estoy loco!
 DON PEDRO.
 Como es verdad que en los vientos
 Hay aves, en el mar peces,
 Que participan á veces
 De todos cuatro elementos:
 Como en la gloria hay contentos,
 Lealtad en el buen amigo,
 Traición en el enemigo,
 En la noche oscuridad
 Y en el día claridad,
 Así es verdad lo que digo.
 OCTAVIO.
 Marqués, yo os quiero creer,
 Ya no hay cosa que me espante;
 Que la mujer mas constante
 Es en efecto mujer:
 No me queda mas que ver,
 Pues es patente mi agravio.
 DON PEDRO.
 Pues que sois prudente y sabio,
 Elegid el mejor medio.
 OCTAVIO.
 Ausentarme es mi remedio.
 DON PEDRO.
 Pues sea presto, duque Octavio.
 OCTAVIO.
 Embarcarme quiero á España,
 Y dar á mis males fin.
 DON PEDRO.
 Por la puerta del jardín,
 Duque, esta prision se engaña.
 OCTAVIO.
 ¡Ah veleta, débil caña...!
 A mas furor me provoqué.
 Extrañas provincias toco,
 Huyendo desta cautela.
 Patria, á Dios. ¡Con Isabela
 Hombre en Palacio! ¡estoy loco!
 (Vanse.)
 Playa de Tarragona.
ESCENA X.
TISBEA, con una caña de pescar en la mano.
 Yo de cuantas el mar
 Piés de jazmin y rosa
 En sus riberas besa
 Con fugitivas olas,
 Sola de amor exenta,
 Como en ventura sola,
 Tirana me reservo
 De sus prisiones locas.
 Aquí donde el sol pisa
 Sonolientas las ondas,

Alegrando zafiros
 Las que espantaba sombras:
 Por la menuda arena,
 Unas veces aljófar,
 Y átomos otras veces
 Del sol, que el cielo dora:
 Oyendo de las aves
 Las quejas amorosas,
 Y los combates dulces
 Del agua entre las rocas:
 Ya con la sutil caña,
 Que el débil peso dobla
 Del necio pececillo
 Que el mar salado azota:
 O ya con la atarraya,
 Que en sus moradas hondas
 Prende cuantos habitan
 Aposentos de conchas:
 Segura me entretengo,
 Y en libertad se goza
 El alma; que amor áspid
 No le ofende ponzoña.
 Y cuando mil, perdidas,
 Querellas de amor forman,
 Como de todas río,
 Envidia soy de todas.
 ¡Dichosa yo mil veces,
 Amor, pues me perdonas,
 Si ya por ser humilde
 No desprecias mi choza!
 Obeliscos de paja
 Mi edificio coronan,
 Nidos, si no hay cigarras,
 A tortollillas locas.
 Mi honor conservo en pajas
 Como fruta sabrosa,
 Vidrio guardado en ellas
 Para que no se rompa.
 De cuantos pescadores
 Con fuego Tarragona
 De piratas defiende
 En la argentada costa,
 Desprecio soy y encanto,
 A sus suspiros sorda,
 A sus ruegos terrible,
 A sus promesas roca.
 Anfriso, á quien el cielo
 Con mano poderosa,
 Pródigo en cuerpo y alma
 Dotó de gracias todas,
 Medido en las palabras,
 Liberal en las obras,
 Sufrido en los desdenes,
 Modesto en las congostas:
 Mis pajizos umbrales,
 Que largas noches ronda,
 A pesar de los tiempos,
 Las mañanas remozas.
 Pues ya con ramos verdes,
 Que de los olmos corta,
 Mis pajas amanecen
 Ceñidas de lisonjas;
 Ya con viñuelas dulces
 Y sutiles zampoñas
 Músicas me consagra;
 Y todo no me importa.
 Porque en tirano imperio
 Vivo de amor señora,
 Que hallo gusto en sus penas,
 Y en sus infiernos gloria.
 Todas por él se mueren,
 Y yo, todas las horas,
 De mato con desdenes:
 De amor condicion propia,
 Querér donde aborrecen,
 Despreciar donde adoran;
 Que si le halagan muere,
 Y vive si le oprobian.
 En tan alegre vida,
 Segura de lisonjas,
 Mis juveniles años
 Amor no los malogra.

Pero, necio discurso,
 Que mi ejercicio estorbas.
 En él no me diviertas
 Eh cosa que no importa.
 Quiero entregar la caña
 Al viento, y á la boca
 Del pececillo el cebo.
 —Pero al agua se arrojan
 Dos hombres de una nave,
 Antes que el mar la sorba,
 Que sobre el agua viene,
 Y en un escollo aborda.
 Las olas va escarbando,
 Y ya su orgullo y popa
 Casi se desvanece...
 Agua un costado toma.
 —Hundióse, y dejó al viento
 La gavia, que la escoja
 Para morada suya;
 Que un loco en gaviás mora.
 (Una voz dentro.)
 ¡Sócorno! que me ahogo.
 TISBEA. (1).
 Un hombre á otro aguarda,
 Que dice que se ahoga:
 ¡Gallardo cortesía!
 En los hombros le toma:
 Anquises le hace Eneas,
 Si el mar está hecho Troya.
 Ya nadando, las aguas
 Con valentía corta,
 Y en la playa no veo
 Quien le ampare y socorra.
 Daré voces: ¡Tirseó,
 Como fruta sabrosa,
 Vidrio guardado en ellas
 Para que no se rompa!
 De cuantos pescadores
 Con fuego Tarragona
 De piratas defiende
 En la argentada costa,
 Desprecio soy y encanto,
 A sus suspiros sorda,
 A sus ruegos terrible,
 A sus promesas roca.
 Anfriso, á quien el cielo
 Con mano poderosa,
 Pródigo en cuerpo y alma
 Dotó de gracias todas,
 Medido en las palabras,
 Liberal en las obras,
 Sufrido en los desdenes,
 Modesto en las congostas:
 Mis pajizos umbrales,
 Que largas noches ronda,
 A pesar de los tiempos,
 Las mañanas remozas.
 Pues ya con ramos verdes,
 Que de los olmos corta,
 Mis pajas amanecen
 Ceñidas de lisonjas;
 Ya con viñuelas dulces
 Y sutiles zampoñas
 Músicas me consagra;
 Y todo no me importa.
 Porque en tirano imperio
 Vivo de amor señora,
 Que hallo gusto en sus penas,
 Y en sus infiernos gloria.
 Todas por él se mueren,
 Y yo, todas las horas,
 De mato con desdenes:
 De amor condicion propia,
 Querér donde aborrecen,
 Despreciar donde adoran;
 Que si le halagan muere,
 Y vive si le oprobian.
 En tan alegre vida,
 Segura de lisonjas,
 Mis juveniles años
 Amor no los malogra.

Sin vida á mi señor. Mira
 Si es verdad.
 TISBEA.
 No, que aun respira.
 Vé á llamar los pescadores
 Que en aquella choza están.
 CATALINON.
 Y si los llamo, ¿vendrán?
 TISBEA.
 Vendrán presto, no lo ignores
 ¿Quién es este caballero?
 CATALINON.
 Es hijo aqueste señor
 Del camarero mayor
 Del Rey, por quien ser espero
 Antes de seis dias Conde
 En Sevilla, donde va,
 Y adonde su Alteza está,
 Si á mi amistad corresponde.
 TISBEA.
 ¿Cómo se llama?
 CATALINON.
 Don Juan
 Tenorio.
 TISBEA.
 Llama mi gente.
 CATALINON.
 Ya voy. (Vase.)
ESCENA XII.
DON JUAN. — TISBEA.
 TISBEA. (Coge en el regazo á Don Juan.)
 ¡Mancebo excelente,
 Gallardo, noble, y galán!
 —Volved, en vos, caballero.
 DON JUAN.
 ¿Dónde estoy?
 TISBEA.
 Ya podeis ver:
 En brazos de una mujer.
 DON JUAN.
 Vivo en vos, si en el mar muero.
 Ya perdi todo el recelo,
 Que me pudiera anegar,
 Pues del infierno del mar
 Salgo á vuestro claro cielo.
 Un espantoso huracan
 Dió con mi nave al traves,
 Para arrojarme á esos piés,
 Que abrigó y puerto me dan.
 TISBEA.
 Muy grande aliento teneis
 Para venir sin aliento,
 Y tras de tanto tormento,
 Mucho tormento ofreceis.
 Pero si es tormento el mar,
 Y son sus ondas crueles,
 La fuerza de los cordeles
 Pienso que asi os hace hablar.
 Sin duda que habeis bebido
 Del mar la ración pasada,
 Pues por ser agua salada,
 Con tan grande sal ha sido.
 Mucho habláis cuando no habláis;
 Y cuando muerto venis,
 Mucho parece sentís:
 ¡Plega á Dios que no mintais!
 Pareceis caballo griego
 Que el mar á mis piés desagua,
 Pues venis formado de agua
 Y estais preñado de fuego.
 Estando enjuto ¿qué haréis?
 Mucho fuego prometéis:
 ¡Plega á Dios que no mintais!
 DON JUAN.
 A Dios, zagala, pluguiera
 Que en el agua me anegara,
 Para que cuerdo acabara,

Y loco en vos no muriera;
 Que el mar pudiera anegarme
 Entre sus olas de plata,
 Que sin limites desata;
 Mas no pudiera abrasarme.
 Gran parte del sol mostrais,
 Pues que el sol os da licencia,
 Pues solo con la apariencia,
 Siendo de nieve, abrasais.
 TISBEA.
 Por mas helado que estais,
 Tanto fuego en vos teneis,
 Que en este mio os ardeis.
 ¡Plega á Dios que no mintais!
ESCENA XIII.
**CATALINON, ANFRISO, CORIDON,
 pescadores. — DON JUAN, TISBEA.**
 CATALINON.
 Ya vienen todos aqui.
 TISBEA.
 Y ya está tu dueño vivo.
 DON JUAN.
 Con tu presencia recibí
 El aliento que perdí.
 CORIDON. (A Tisbea.)
 ¿Qué nos mandas?
 TISBEA.
 Coridon,
 Anfriso, amigos...
 CORIDON.
 Todos
 Buscamos por varios modos
 Esta dichosa ocasion.
 Di, que nos mandas, Tisbea;
 Que por labios de clavel
 No lo habrás mandado á aquel
 Que idolatrarte desea
 Apenas, cuando al momento,
 Sin cesar en llano ó sierra,
 Surque el mar, tale la tierra,
 Pise el fuego, el aire, el viento.
 TISBEA.
 (Ap. ¡Oh qué mal me parecían
 Estas lisonjas ayer!
 Y hoy echo en ellas de ver
 Que sus labios no mentian.)
 Estando, amigos, pescando
 Sobre este peñasco, vi
 Hundirse una nave allí,
 Y entre las olas nadando
 Dos hombres; y compasiva
 Di voces, y nadie oyó;
 Y en tanta afliccion llegó,
 Libre de la furia esquiva
 Del mar, sin vida á la arena,
 Deste en los hombros cargado,
 Un hidalgo, ya anegado;
 Y envuelta en tan triste pena,
 A llamaros envié.
 ANFRISO.
 Pues aqui todos estamos,
 Manda que á tu gusto hagamos
 Lo que pensado no fué.
 TISBEA.
 Que á mi choza los llevemos
 Quiero, donde agradecidos
 Reparemos sus vestidos,
 Y alli los regalaremos;
 Que mi padre gusta mucho
 Desta debida piedad.
 CATALINON. (Ap.)
 Extremada es su beldad.
 DON JUAN. (Ap. á Catalinon.)
 Escucha aparte.
 CATALINON.
 Ya escucho.

(1) Falta un verso: no se suple porque los infinitos versos de la impresion que seguimos, manifiestan que se hizo por un manuscrito mutilado, viciado é indigno de fe. Se han hecho por eso algunas enmiendas, que tal vez calificará de temerarias el erudito que se tome el trabajo de comparar nuestra edicion con las anteriores.

Si te pregunta quién soy,
Di que no sabes.

CATALINON.
¿A mí?
Quieres advertirme aquí
Lo que he de hacer?

DON JUAN.
Muerto soy
Por la hermosa cazadora:
Esta noche he de gozalla.

CATALINON.
¿De qué suerte?

DON JUAN.
Ven, y calla.

CORIDON.
Anfriso, dentro de un hora,
Que canten y bailen.

ANFRISO.
Vamos,
Y esta noche nos hagamos
Rajas, y palos también.

DON JUAN.
Muerto soy.

TISBEA.
¿Cómo, si andais?

DON JUAN.
Ando en pena, como veis.

TISBEA.
Mucho hablais.

DON JUAN.
Mucho entendeis.

TISBEA.
¿Plega á Dios que no mintais! (Vanse.)

Alcázar de Sevilla.

ESCENA XIV.

EL REY DON ALONSO DE CASTILLA,
DON GONZALO DE ULLOA, ACOM-
PAÑAMIENTO.

REY.
¿Cómo os ha sucedido en la embajada,
Comendador mayor?

DON GONZALO.
Hallé en Lisboa
Al rey Don Juan tu primo, previniendo
Treinta naves de armada.

REY.
¿Y para dónde?

DON GONZALO.
Para Goa, me dijo; mas yo entiendo
Que otra empresa mas fácil apercibe:
A Ceuta ó Tánger pienso que pretende
Gercar este verano.

REY.
Dios le ayude,
Y premie el celo de aumentar su gloria.
¿Qué es lo que concertasteis?

DON GONZALO.
Señor, pide
A Serpa y Mora y Olivenza y Toro,
Y por esto te vuelve á Villaverde,
Al Almendral, á Mértola y Herrera,
Entre Castilla y Portugal.

REY.
Al punto
Se firmen los conciertos, Don Gonzalo:
Mas decíme primero cómo ha ido
En el camino; que vendréis cansado,
Y alcanzado también.

DON GONZALO.
Para serviros,
Nunca, señor, me canso.

REY.
¿Es buena tierra

Lisboa?

DON GONZALO.
La mayor ciudad de España;
Y si mandas que diga lo que he visto,
De lo exterior y célebre, en un punto
En tu presencia te pondré un retrato.

REY.
Yo gustaré de oirlo. Dadme silla.

DON GONZALO.
Es Lisboa una octava maravilla.
De las entrañas de España,
Que son las tierras de Cuenca,
Nace el caudaloso Tajo,
Que media España atraviesa.
Entra en el mar Oceano
En las sagradas riberas
Desta ciudad, por la parte
Del sur; mas antes que pierda
Su curso y su claro nombre,
Hace un puerto entre dos sierras,
Donde están de todo el orbe
Barcas, naves, carabelas.
Hay galeras y saetias
Tantas, que desde la tierra
Parece una gran ciudad
Adonde Neptuno reina.
A la parte del poniente
Guardan el puerto dos fuerzas,
De *Cascaes* y *San Juan*,
Las mas fuertes de la tierra.
Está desta gran ciudad
Poco mas de media legua
Belen, convento del santo
Conocido por la piedra
Y por el leon de guarda,
Donde los reyes, y reinas
Católicos y cristianos
Tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne
Desde Alcántara comienza
Una gran legua á tenderse
Al convento de Jabregas.
En medio está el valle hermoso
Coronado de tres cuestras,
Que quedara corto Apeles,
Cuando pintarlas quisiera;
Porque miradas de lejos,
Parecen piñas de perlas
Que están pendientes del cielo
En cuya grandeza inmensa
Se ven diez Romas cifradas
En conventos y en iglesias,
En edificios y calles,
En solares y encomiendas,
En las letras y en las armas,
En la justicia tan recta,
Y en una Misericordia,
Que está honrando su ribera.
Y lo que yo mas alabo
Desta máquina soberbia
Es, que del mismo castillo,
En distancia de seis leguas,
Se ven sesenta lugares,
Que llega el mar á sus puertas,
Uno de lo cuales es
El convento de *Olivelas*,
En el qual vi por mis ojos (1)
Seiscientos y treinta celdas,
Y entre monjas y beatas
Pasan de mil y doscientas.
Tiene desde allí Lisboa,
En distancia muy pequeña,
Mil y ciento y treinta quintas,
Que en nuestra provincia Bética
Llaman cortijos, y todas
Con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
Hay una plaza soberbia,
Que se llama del *Rocio*,

Grande, hermosa y bien dispuesta,
Que habrá cien años, y aun mas,
Que el mar bañaba su arena,
Y ahora della á la mar
Hay treinta mil casas hechas;
Que perdiendo el mar su curso
Se tendió á partes diversas.
Tiene una calle que llaman
Rua nova, ó calle nueva,
Donde se cifra el Oriente
En grandezas y riquezas,
Tanto que el Rey me contó
Que hay un mercader en ella,
Que por no poder contarlo,
Mide el dinero á fanegas.
El terrero, donde tiene
Portugal su casa regia,
Tiene infinitos navios
Varados siempre en la tierra,
De solo cebada y trigo
De Francia é Ingalaterra.
Pues el palacio real,
Que el Tajo sus manos besa,
Es edificio de Ulises,
Que basta para grandeza,
De quien toma la ciudad
Nombre en la latina lengua,
Llamándose *Ulisibona*,
Cuyas armas son la esfera
Por pedestal de las llagas,
Que en la batalla sangrienta
Al rey Don Alonso Enriquez
Dió la Majestad inmensa.
Tiene en su gran Tarazana
Diversas naves, y entre ellas
Las naves de la conquista,
Tan grandes, que de la tierra
Miradas, juzgan los hombres
Que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
Te cuento por excelencia,
Es, que estando sus vecinos
Comiendo, desde las mesas
Ven los copos del pescado
Que junto á sus puertas pescan,
Que bullendo entre las redes,
Vienen á entrarse por ellas:
Y sobre todo, el llegar
Cada tarde á su ribera
Mas de mil barcos cargados
De mercancías diversas
Y de sustento ordinario,
Pan, aceite, vino y leña,
Frutas de infinita suerte.
Nieve de sierra de Estrella,
Que por las calles á gritos,
Puesta sobre las cabezas,
La venden; mas ¿qué me canso?
Porque es contar las estrellas
Querir contar una parte
Desta ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
Tiene, gran señor, por cuenta;
Y por no cansarte mas,
Un rey que tus manos besa.

REY.
Mas estimo, Don Gonzalo,
Escuchar de vuestra lengua
Esa relacion suelta,
Que haber visto su grandeza.
¿Teneis hijos?

GONZALO.
Gran señor,
Una hija hermosa y bella,
En cuyo rostro divino
Se esmeró naturaleza.

REY.
Pues yo os la quiero casar
De mi mano.

GONZALO.
Como sea

Tu gusto, digo, señor,
Que yo lo acepto por ella.
Pero ¿quién es el esposo?

REY.
Aunque no está en esta tierra,
Es de Sevilla, y se llama
Don Juan Tenorio.

GONZALO.
Las ruevas
Voy á llevar á Doña Ana.

(1).
REY.
Id en buena hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta. (Vanse.)

Playa de Tarragona.

ESCENA XV.

DON JUAN, CATALINON.

DON JUAN.
Esas dos yeguas preven,
Pues acomodadas son.

CATALINON.
Aunque soy Catalinon,
Soy, señor, hombre de bien,
Que no se dijo por mí:
Catalinon es el hombre,
Que sabes; que aquese nombre
Me asienta al revés á mí.

DON JUAN.
Mientras que los pescadores
Van de regocijo y fiesta,
Tú las dos yeguas apresta;
Que de sus pies voladores
Solo nuestro engaño fio.

CATALINON.
Al fin, ¿pretendes gozar
A Tisbea?

DON JUAN.
Si burlar
Es hábito antiguo mio,
¿Qué me preguntas, sabiendo
Mi condicion?

CATALINON.
Ya sé que eres
Castigo de las mujeres.

DON JUAN.
Por Tisbea estoy muriendo,
Que es buena moza.

CATALINON.
¿Buen pago
A su hospedaje deseas?

DON JUAN.
Necio, lo mismo hizo Eneas
Con la reina de Cartago.

CATALINON.
Los que fingis y engañais
Las mujeres desa suerte.
Lo pagaréis en la muerte.

DON JUAN.
¿Qué largo me lo fiais!
Catalinon con razon
Te llaman.

CATALINON.
Tus pareceres
Signe, que en burlar mujeres
Quiero ser Catalinon.
Ya viene la desdichada.

DON JUAN.
Vete, y las yeguas preven.
Catalinon.

¡Pobre mujer! Harto bien
Te pagamos la posada. (Vase.)

ESCENA XVI.

TISBEA.—DON JUAN.

TISBEA.
El rato que sin tí estoy,

(1) Falta un verso para el romance.

Estoy ajena de mí.

DON JUAN.
Por lo que finges así,
Ningun credito te doy.

TISBEA.
¿Porqué?

DON JUAN.
Porque si me amaras,
Mi alma favoreciera.

TISBEA.
Tuya soy.

DON JUAN.
Pues di, ¿qué esperas?
O ¿en qué, Señora, reparas?

TISBEA.
Reparo en que fué castigo
De amor el que he hallado en tí.

DON JUAN.
Si vivo, mi bien, en tí,
A cualquier cosa me obligo
Aunque yo sepa perder
En tu servicio la vida,
La diera por bien perdida.
Y te prometo de ser
Tu esposo.

TISBEA.
Soy desigual

DON JUAN.
A tu ser.
Amor es rey,
Que iguala, con justa ley,
La seda con el sayal.

TISBEA.
Casi te quiero crear...
Mas sois los hombres traidores.

DON JUAN.
¿Posible es, mi bien, que ignores
Mi amoroso proceder?
Hoy prendes por tus cabellos
Mi alma.

TISBEA.
Yo á tí me allano,
Bajo la palabra y mano
De esposo.

DON JUAN.
Juro, ojos bellos,
Que mirando me matais,
De ser vuestro esposo.

TISBEA.
Advierte,
Mi bien, que hay Dios, y que hay muerte.

DON JUAN.
(Ap. ¿Qué largo me lo fiais!)
Y mientras Dios me dé vida,
Yo vuestro esclavo seré.
Esta es mi mano y mi fe.

TISBEA.
No seré en pagarte esquivia.

DON JUAN.
Ya en mi mismo no sosiego.
Ven, y será la cabaña,
Del amor que me acompaña,
Tálamo á nuestro sosiego.
Entre estas cañas te esconde,
Hasta que tenga lugar.

DON JUAN.
¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA.
Ven, y te diré por dónde.

DON JUAN.
Gloria al alma, mi bien, dais.

TISBEA.
Esa voluntad te obligue,
Y si no, Dios te castigue.

DON JUAN. (Ap.)
¿Que largo me lo fiais!

(Vanse.)

ESCENA XVII.

CORIDON, ANFRISO, FELISA Y MÚ-
SICOS.

CORIDON.
Ea, llamad á Tisbea,
Y los zagales llamad,
Para que en la soledad
El huésped la corte vea.

FELISA.
Vamos á llamarla.

CORIDON.
Vamos.

FELISA.
A su cabaña lleguemos.

CORIDON. (2).
¿No ves que estará ocupada
Con los huéspedes dichosos,
De quien hay mil envidiosos?

ANFRISO.
Siempre es Tisbea envidiada.

FELISA.
Cantad algo, mientras viene,
Porque queremos bailar.

ANFRISO. (Ap.)
¿Cómo podrá descansar
Cuidado que celos tiene?

(Cantan.)

A pescar salió la niña
Tendiendo redes,
Y en lugar de peces
Las almas prende.

ESCENA XVIII.

TISBEA.—DICHOS.

TISBEA.
¡Fuego, faego! ¿qué me quemó!
¡Que mi cabaña se abrasa!
Repicad á fuego, amigos,
Que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
Hecho otra Troya en las llamas;
Que despues que faltan Troyas,
Quiere amor quemar cabañas.
¡Fuego, zagales, fuego! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
¡Ay choza, vil instrumento
De mi deshonra y mi infamia,
Cueva de ladrones fiera,
Que mis agravios ampara!
¡Ah falso huésped, que dejas
Una mujer deshonrada!
¡Nube que del mar salió,
Para anegar mis entrañas!
¡Fuego, fuego, zagales! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
Yo soy la que hacia siempre
De los hombres burla tanta;
Que siempre las que hacen burla,
Vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
Debajo de fe y palabra
De marido, y profanó
Mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
Le di á su rigor las alas
En dos yeguas que crié,
Con que me burló y se escapa.
Seguidle todos, seguidle.
Mas no importa que se vaya,
Que en la presencia del Rey
Tengo de pedir venganza.
¡Fuego, fuego, zagales! ¡agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

(Vase.)

CORIDON.
Seguid al vil caballero.

(2) Faltan dos versos para la redondilla.